

En la Universidad de Santiago

José Manuel Romay Beccaría
Presidente del Consejo de Estado. Madrid

Álvaro d'Ors, a quien me cabe el honor y privilegio de haber tenido en la Universidad de Santiago como profesor y maestro –término éste que no quiero dejar pasar inadvertido– fue, además de un jurista consagrado, un hombre de una calidad humana extraordinaria.

Ser hijo de un personaje como Eugenio d'Ors, de gran trascendencia en la vida cultural española, hubiera podido ser un motivo de eclipse. Sin embargo, Álvaro d'Ors fue una personalidad que brilló con luz propia. Tuve ocasión de expresar mi admiración por el maestro en una entrevista que me hicieron en el año 1996, en la que, ante la pregunta acerca de lo que más me impactó como alumno de d'Ors, contesté: «Era el mejor romanista del mundo. Enseñaba a conocer el Derecho romano en sus raíces. Oyéndole veíamos emerger instituciones jurídicas que con el paso de los siglos han demostrado ser magistrales, porque si no, no hubieran perdurado. También nos

enseñó el rigor científico y la importancia de las ciencias auxiliares».

Pero, además, fue un hombre, preocupado por la crítica científica que faltaba entonces en España. Estimuló esta actividad en su campo de especialidad como romanista y la ejerció personalmente con centenares de recensiones de libros.

Aunque la obra de Álvaro d'Ors es muy conocida y ha sido glosada por los eminentes juristas que me han precedido en el uso de la palabra, no me resisto a citar, como jurista y gallego ejerciente, un número de los *Cuadernos compostelanos de Derecho romano*, dedicado a este eminente romanista en 1999. Bajo el título *Crítica romanística* se recopila una selección de recensiones, verdaderamente críticas, que escribió d'Ors entre 1946 y 1996, con el fin de dar a conocer al mundo científico obras de importancia del último medio siglo xx. Incluye este 'cuaderno' un índice selectivo de posiciones críticas, es decir, temas sobre los que el autor emitió opiniones originales en sus recensiones, además de un índice de fuentes, que nos permite situarnos en la línea de pensamiento del maestro.

La importancia concedida a la actividad crítica de la reseña de libros, como el modo de ejercer la crítica y contribuir a la difusión del conocimiento, nos ayuda a comprender con más hondura el inte-

rés que tuvo como organizador de los estudios de especialidad bibliotecaria en la Universidad de Navarra. Las bibliotecas como depositarias del ‘Conocimiento’ necesitan de conocimientos específicos para la buena gestión y el cumplimiento de sus fines.

Por otra parte, me interesa especialmente destacar la llamada que hace d’Ors al ejercicio de la crítica como núcleo de la enseñanza superior, la educación del individuo libre.

Si uno de los objetivos principales de la Educación Superior es la «educación liberal» –en la acepción que, el siempre agudo sociólogo, Víctor Pérez-Díaz hace de este término que, citando a Oakeshott, consiste en el aprendizaje de varios lenguajes entendiendo por éstos básicamente el lenguaje de la filosofía, el de la ciencia, el de las letras y las humanidades, el de la historia, el del arte o la poesía y el de la religión–, podría decirse que el acercamiento al mundo del conocimiento de nuestro homenajeadado participa en gran medida de esta concepción que le hace ser un hombre entregado al estudio del mundo clásico como hemos comentado, en una amplia gama de disciplinas. En palabras de Víctor Pérez-Díaz: «La educación liberal implica el aprendizaje de lenguajes complejos en los que cristaliza una tradición científica, humanista y artística que se distancia de las urgencias del momento actual y cuyo valor consiste

en su capacidad, no para dar respuesta a las urgencias del momento, sino para desarrollar el juicio» (*La educación superior*, 2001).

En su ejemplar práctica del oficio de maestro, enseñó a pensar profunda, honesta y libremente. El mismo don Álvaro, a propósito de la figura del maestro, decía que era rara, que no se daban más que dos o tres por generación y que él había tenido la suerte de haber conocido a uno, Menéndez Pidal, aunque no fuera propiamente maestro suyo.

Los gallegos que estudiamos Derecho con Álvaro d'Ors fuimos unos privilegiados. En su relación con los universitarios trascendían ya, a pesar de su juventud, los modos de maestro. Conocía bien las palabras de su padre, Eugenio d'Ors: «¡Bienaventurado, no me cansaré de repetirlo, quien ha conocido maestro!». Yo puedo hoy decir aquí que conocí un verdadero maestro.